República de El Salvador — América Central

EL FÍGARO

Tomo I | San Salvador, Domingo 2 de Diciembre de 1894 | Num. 7

REDACTORES Y PROPIETARIOS:

Arturo A. Ambrogi. Víctor Jerez.

Antonio Solórzano.

SECRETARIO DE REDACCION:

ISAIAS GAMBOA

OFICINA:

10ª Avenida Sur—Nº 93.

"EL FIGARO"

Periódico Literario

Se repartirá todos los domingos por la mañana.
Valor de suscripción, por mes: 37½ centavos.
Número suelto: un real
Número extraordinario: 25 centavos.
Centro-América y exterior, por semestre: $ 2
Los recibos de la capital se cobrarán después de vencido el mes
La administración queda, de hoy en adelante, á cargo de la Redacción

La colaboración para "EL FÍGARO" será solicitada por la Redacción.
En ningún caso se devuelven originales.

MEDALLONES

MARÍA DELGADO

Bella niña, fresca rosa,
flor de nieve, primorosa
gentil hada, del ensueño
blanca flor......!

Para María parece tegida esta primorosa estrofa. Alguien, un poeta que yo no sé, la dejó escrita en albo y virginio pétalo de un lirio. En mi mente volaba inquieta, como libélula tornasol, y hoy, libre, sale á volar, en busca de una rosa que le dé hospedaje, pues ya la noche llega presta. Vuela, pobre libélula, flor alada, á los rojos labios de María, húmedas fresas primaverales, capullos de rosa nueva, pétalos de crisantemo rosado, y muere abrazada en esa hoguera ......

***

La he visto pasar y he rendido parias á su gentileza. María es un fresco capullo, que pugna dor ser rosa, el tembloroso amanecer de un radioso día primaveral.

El paje gentil del amor no ha llevado aún á su ventana el ramo de margaritas, ni ceñido á su frente la diadema de la preferida. Sobre su cabeza, llena de ensueños y deseos en crisálidas, bate sus alas el angel guardador de los niños.

Es ésta una pequeña medalla, un perfil rápido. Esta amable seción de "El Fígaro" aparecería incompleta sin encerrar este boceto que de obligación debe ocupar uno de los puestos primeros.

***

María, lo he dicho ya, es aún niña, aún sobre su frente se conserva intacta la huella, que dejará el beso que dá la Virgen María á toda pequeñuela, le día en que el sacerdote unge el labio con la sal tradicional, que es el germen de la gracia. Y ya, tan luego, se le rinden parias como á una reina.

María ha nacido para ser reina, reina de belleza, que ejercera la dictadura. Yo no abogo como el galante Duque Job por "el gobierno de la hermosura, ejercido por todas las hermosas" No. Yo quiero el gobierno de la hermosura ejercido por una sola, la mas hermosa entre todas las hermosas. Mi candidato es María. Debe ella ser la dictadora. Debe ella, sentarse en el trono, aclamada por las multitudes, é imperar á su antojo. Me someteré gustoso á yugo despetico.

Su rosado cutis lo acaricia el aura ténue, sutil, de un abril inmarchitable. Es el suyo un cutis tan rosado, que sin exageración ninguna, la rosa que lo ve, se muere de celos. ¡Ay de la que inocente se hinca alguna vez, en su corpiño! De cerca la deslumbra la visión.

Su labio es rojo y fresco, labio de rosa, labio de granada enfermiza, que desgranan los dedos temblorosos de una desposada.

Sus ojos negros, un madrigal en acción. Un idilio que quiere volar y no puede, por qué no le han nacido alas aún, es su mirada.

Su cuerpo es prodigio en germen. Palpita en él la estrofa de amor de las curvas fugitivas, riman las líneas tímidas. Es una estatua, que aún no ha surgido del todo, pura y radiosa, apacible y subyugadora. Pigmaleón aún no ha pasado en aquel mármol rosado y palpitante su beso que da la vida.

***

¡Salve María! Salve adorable reina *mignon*, hermana de las flores! ¡Que el hada Felicitas, eternamente bata sus alas sobre tu frente y que eternamente se conserven frescos é intactos los azahares de tu guirnarla de Diana adolescente!

Conde Paúl

Pasionaria

¡Quieren que muera mi ilusión bendita,
Esta flor que he regado con mis lágrimas!
¡Encadenar de mi pasión la ola
Que me lleva hacia ti, mi dulce amada!

Nunca será!—Dios puso al Océano
Un límite en la arena de la playa;
La ola del alma llega, lucha, crece,
Sube hasta el muro, sálvalo....y avanza!

ISAÍAS GAMBOA

San Salvador, 1894.

Por los niños

Estamos en plena época de exámenes. Hoy es el tiempo del movimiento en los hogares y todo ¿por qué? en favor de los lindos pequeñitos por quienes tánto nos apenamos.

Los niños hacen que sus papás se conviertan en trabajadores, que den al olvido todo lo que no sea por ellos. Verdad es que también no hay mayor delicia que tomar en brazos uno de estos juguetitos, sentir el suave murmullo de su respiración, mirar al traves del vestido blanco la carne sonrosada, donde dejan las nubes sus colores y la primavera sus perfumes.

Por ahí viene ese princesito de pelo rubio y de labios rojos como flor de granado, se acerca al escritorio y vuelca el tintero; pero ¿quién podrá castigarlo? Se queda gozando con su travesura, porque la hermosa mamá jamás tendría valor para hacerlo y el bonachón del papá se hace el distraido.

Caballerito, le digo yo, rompa U. todo lo que esté á su alcance, y donde no pueda llegar por su estatura, tome una silla, súbase á ella y destroce cuanto encuentre.

Los niños sienten un impulso de poner en ejercicio su actividad. No se debe castigarlos. Nadie juzga que merecen castigo las mariposas que dañan las flores, ni las aves que arrancan los frutos.

Victor Hugo habló del derecho del niño, pues bien, ese derecho no es solo para que lo enseñen á leer, es para que se le permita todo; pero todo, siempre que no dañe su salud.

Entre ese derecho que dijo el gran anciano, autor del *Arte de ser abuelo*, creo que va también el derecho á que se premie el esfuerzo de los pequeñuelos

Hoy he visto con tristeza que los niños, el dia de la distribución de certificados, van con un papel en que constan las calificaciones que han obtenido durante el año.

Una espiritual amiga me decía en vez pasada ¡que tristes están los niños! En verdad, señorita, aquella tristeza tenía su razón.

Aquel papel nada vale para la graciosa niña de cinco años, ni para el guapo mozo de seis abriles.

De aquí á muchos años ellos sabrán lo que vale Es cierto. Pero ahora no se puede conformarlos con papel. Una caja de confites la estiman más que todas las notas buenas que acumule el profesor.

Por ahí hay una ley que así lo manda. Pues bien, voy á recoger todas las firmas de los *bebés*, para que deroguen esa ley.

Puck, el rapazuelo encantador, quedará encargado de redactar una petición en toda forma.

Entiéndase que el ataque será contra los Señores Diputados. A ellos se les dirá que echen al olvido esa ley injusta.

Pocas cosas agradan mas á los niños que recibir su premio el día del examen; pero siempre que sea un hermoso muñeco, una cajita de dulces, en fin, algo que sea menos serio que el pedazo de cartulina con letras doradas.

El sentido práctico se impone hasta en los niños. No gustan de palabrotas que no entienden.

Estoy que me muero del deseo de ver en el salón de la Asamblea todo el hermoso conjunto de los niños, que llegarán á pedir que se les den premios en vez de papeles. Los padres de la patria se verán en dificultades para mantener el orden y permanecer serios, como legisladores griegos.

Creo que los niños serán oídos y ¡cuidado! que ellos saben gritar que es un contento.

Y si los Diputados niegan la petición? Entonces quedarán fuera de la ley del amor filial y se les declarará Diputados de mármol.

LOHENGRIN.

Caléndulas

CRISTINA

La he visto en el lecho de muerte, agonizante, pálida, vagarosa la mirada, espejeantes los ojos, abierta la boquita y marchitos los labios; la he visto en las ansias postreras, en la lucha desesperante en que el alma, como pájaro prisionero, forcegea por dejar la jaula y emprender un largo y libre viaje al cielo; la he visto, muerta, tendida en un blanco catafalco, toda cubierta de flores frescas, de *blanco vestida* y la sien ceñida por una guirnalda de azahares, como una gentil desposadita; todo eso lo he visto acongojado, á través de mis lágrimas y no lo creo aún, no me convenzo todavía de que ella, mi adorada hermanita, haya muerto.

No. Eso es terrible. Me formo el ideal de que ella vive; de que ella corretea por el patio, riéndose y gritando, jugando á las muñecas con sus hermanitas. Pienso que llega á mí y me pide dulces; que á la hora de sentarse á la me-

sa, á la hora en que papá nos llama, llega también ella y come rápidamente, como si alguien la esperase, toma su vaso de vino mezclado con agua y se va otra vez, á continuar jugando, á charlar de una manera graciosa é indescifrable, con sus muñecas. Pero no. Es cierto. Cristina se ha ido, Cristina se ha muerto. Se ha ido al cielo. Se la llevaron los ángeles. ¡Oh!—¿Por qué arrebatar un rayo de sol al hogar? ¿Por qué apagar, tan de brusco é inesperadamente, esa alegría? Cristina ha muerto. Me lo dicen, á voces, el rostro compungido de papá, los ojos, todavía húmedos de lágrimas, de mamá, la falta de risas y gritos de mis hermanitos que aun no comprenden lo que es morirse y á cada momento preguntan, ¡inocentes!, qué se ha hecho *Tina*, dónde está, por qué la pusieron en esa blanca caja, cubierta toda de rosas blancas también; y ese grupo de señores y amigos la sacaron de casa, mientras todos llorábamos! Eso me apena más. No sé qué contestarles. Ante todo á Fidelina, que comienza hoy á hablar, torpemente, como pájaro tierno que comenzase á volar. En su divino idioma pregunta por ella:—¿Dónde está?--Y yo tengo que contestarle: "¡Volverá luégo y te traerá una muñeca. Se ha ido á una fiesta!" Y ella se sonríe, mientras de mis ojos sale una lágrima que se desliza por mis mejillas. No, Fidelina, Cristinita está en el cielo. El grupo de amigos que sacaron el blanco ataúd, lo llevaron al cementerio, á ese lugar que tú no conoces y donde llevan á los muertos. Yo lo vi todo. El nicho estaba abierto, metieron dentro el ataúd y se vaciaron encima todas las flores que teníamos, y luégo...... ¡Eso fue lo más triste! Un sepulturero echó paladas de tierra hasta cubrir el ataúd, hasta ponerlo todo á un solo nivel. Allí está Cristina, en el cementerio, bajo la tierra. Se ha ido paro asistir á una alegre fiesta en el paraíso, pero no volverá ya, nunca más. No la besaremos ya, ni le daré dulces ni jugetes. Fidelina, sábelo: Cristina ha muerto; se la han llevado los ángeles al cielo por que la Virgen la llama. De allí no se vuelve ya.

***

He visto "El Fígaro", querido y amable Lohengrín, y tu precioso artículo "De Blanco" me ha conmovido. Tuve para tu prosa, la ofrenda modesta, pero sincera, de mis lágrimas.

Tu artículo ha despertado, aún más el sentimiento. Lo leí, nublados los ojos de lágrimas, y cuando concluí, el pañuelo estaba enpapado. ¡Quería yo tanto á Cristina y es tan duro pensar que ella ha muerto!

Gracias, Lohengín; gracias, amable compañero.

Tus margaritas, ese ramo de inmortales, frescas, llenas de rocío, que tú colocas sobre la tierra recién removida de su sepulcro, lo alzaremos nosotros con cariño. Lo comprendo bien: nace del más puro afecto, de la más franca amistad.

Gracias, hermano mío.

Tu prosa nos servirá de consuelo. No sólo nosotros, hermanos suyos, no sólo ellos, sus padres, tienen guardado en el corazón esa imagen, llevan por siempre ese nombre en la memoria. Hay corazones buenos, almas sensibles de amigos que nos acompañan, y de esos eres tú.

La conociste. Más de alguna vez tu mano acarició la cabellera negra y rizosa, las mejillas de la morenita que hoy lloramos.

***

Lohengrín: en tu artículo hay una frase delicada, que salta picaruela, de entre las otras: la recuerdo porque la llevo grabada en el corazón: "No iba muerta. Tan solo estaba dormida: La inocencia no muere......" ¡Oh, amigo! Así lo creo yo. Es un despotismo de Dios el arrebatar un niño á un hogar. Arrebatar á un niño, dejar vacía una cuna, dejar huérfanas á unas cuantas muñecas que sienten la nostalgia del juego y de su charla alborotada, es un crimen. En el dolor que me causa la muerte de Cristina lo digo, pero á esas frases las considero como blasfemas. No. Dios es demasiado bueno y si del hogar quita un niño, como se apaga un cirio, como se muere una rosa, como agoniza un pájaro enfermo, lo juzga él, poderoso y enormemente sabio, quizá conveniente.

Tú, amigo, lo has dicho ya: "Hay honda melancolía en ésto de esperar el mañana!" Ante ese misterio, ante ese velo intransparente á nuestros ojos, hay que pararse y cruzarse de brazos. Ese "mañana" muerde, como sierpe, el alma. Produce dolores, que mueren dentro y no brotan fuera.

Nos queda, ¡Dios mío! el consuelo. Hay que conformarse. Nos queda el recuerdo. Hay que figurarse que Cristina no ha muerto, que vive aún, que pide aún dulces y que rompe sus muñecas, para que le compremos otras.

Seguiremos tu consejo, Lohengrín. Le enviaremos á su tumba, dulces todos los dias de fiesta, juguetes el dia de Navidad y todas las mañanas, cestos rebosantes de flores húmedas.

Sólo tenemos un pesar. Al cerrar, para no abrir más el ataúd, se nos olvidó poner dentro, entre sus brazos, en su regazo, su muñeca predilecta. Debe estar por eso, triste; pero yo creo que no, la Virgen María es muy buena y al verla llorar le habrá dado otra mejor aún, una hermosa de porcelana rosada, que diga ¡mamá!.....¡papá!..... La suya, la que la acompañó en sus juegos, nos queda á nosotros. Mamá la guarda, como una reliquia valiosa. Cuando la veo, cerrados los ojos, entreabiertos los labios, con su traje abigarrado y sus pies diminutos calzados de seda, en el fondo de la gabeta de un armario, una lágrima brota de mis ojos y ese día, al avivarse la hoguera de ese santo recuerdo, paso triste, meditabundo, y no siento ganas, ni siquiera, de tomar la pluma para trabajar.

Gracias, Lohengrín, mil gracias en nombre mío y en el de papá, mamá y demás hermanos. Si? Vaya entre esas gracias numerosas y leales una que te doy: las de Cristina, que te las manda desde el cielo.

ARTURO AMBROGI

Aurora

(En un album)

El alba despertó! . . . De pompa henchido
Desplegó el sol su manto de colores,
Y fue en el verde bosque cada nido
Jaula feliz de alados trovadores.

Hubo en el prado rica florescencia,
Zumbar de insectos y fulgor de llama;
Fue cada flor una ánfora de esencia
Y un búcaro de flores cada rama.

Bajo dosel de entretegidas frondas,
Rizó sus linfas la dormida fuente;
Y ufana alzóse, en impalpables ondas,
Brisa fugaz que embalsamó el ambiente.

Preludió el bosque un himno de alegría,
Y bajo el dombo de la azul esfera,
Fue derramando, llenos de ambrosía,
Sus ósculos de amor la Primavera.

*

Así, cuando á la vista despertaron
De luz radiantes tus pupilas bellas,
Con infinito gozo palpitaron
Aves y aromas, céfiros y estrellas.

Y fue tal la atracción de tu mirada
Y el brillo de tu gracia seductora,
Que del alba sonriente y nacarada
Emula fuiste, y te llamaste Aurora!

Alirio Diaz Guerra

1894.

Vida de Artista

(BOCETO)

Tres días no más hacía que estaba en París y y aun no me encontraba libre del peso de las fatigas que siempre produce un largo viaje, cuando una mañana gris y opaca, como son allá las mañanas de invierno, fui despertado por un criado que me anunciaba que una persona deseaba verme. Era el Conde Paúl, mi buen amigo y compatriota que venía en mi busca con el único objeto de que saliéramos juntos á dar un largo paseo por el ruidoso Barrio latino para que yo como recién llegado, conociera los rigores del invierno y los estragos que éste hace en la gran capital.

Entre amena y chispeante plática pasaron diez minutos en cuyo tiempo hubiera yo concluído mi toilette, bajamos las escaleras, y envueltos en nuestros anchos y espesos sobretodos, salimos á la calle en busca de un carruaje. Tomado que hubimos una americana, mi amigo me hablaba de esa nieve que tras los cristales veíamos caer como lluvia de azahares, me hablaba de las bellezas del inviérno, y me decía que él debió haber nacido en una noche del invierno, mientras la nieve golpeaba cadencias en los cristales del balcón; que hollar la nieve para él era mejor que pisar los alfombrados salones parisienses. Mas de pronto se calló y, tocándome ligeramente el hombro, me dijo:

¿Quieres conocer á la Melba?

Casualmente estoy yo solo invitado á almorzar con ella. Iremos. Te presentaré como un admirador y todo quedará arreglado.

Yo accedí. De oídas admiraba á la Melba. Las crónicas, leídas desde lejos, me hacían verla como una diosa.

¡Almorzar con ella? ¡Charlar amigablemente!

Entre tanto el carruaje marchaba en dirección al *faubog* de los Italianos donde la actriz vivía. Paróse delante un suntuoso hotel de fachada elegantísima. El portero nos anunció al ujier del segundo piso, al que subimos por una elegante escalinata de mármol blanco. Ya arriba, el ujier nos hizo atravesar á lo largo un corredor, tapizadas sus paredes de ricos trofeos y valiosos cuadros, pavimento cubierto de alfombras espesas que apagaban el ruido de las pisadas y nos hizo entrar en un elegante y anchuroso salón que estaba artísticamente decorado. Sus tapices eran ricas telas de Persia; sus alfombras eran salidas de las fábricas reales de Damasco. Junto á un sofá de color de oro había extendida la soberbia piel de un tigre de Bengala. En una de las esquinas del salón distinguíase, sobre su trípode de bronce, un precioso grupo fundido en platina que era para una artista como un ideal y que representaba una lira y una rama de laurel exquisitamente entrelazados (la sublime unión del arte y de la gloria), y de rojo cordón de seda pendía una pequeña tarjeta que en azules caracteres lucía el escudo y el nombre de S. A. R. el príncipe Jorge de Gales.

Regados en desorden artístico había multitud de objetos de orferbería, jarrones de porcelana del Japón y China, grupos de bronce y mármol, porcelanas de Sevres, etc, etc; aqui, allá, tapizando las paredes, valiosos cuadros de pintores ilustres, y al frente sobre la vidriera, que cubierta de espesa manta bordada daba paso á la antesala, se destacaba dentro de un marco viselado la imagen de la artista, debida al hechicero pincel de Durán. El mobiliario era suntuoso. En primer término, los anchos cortinajes de Damasco velados por finísimo tul de Escocia y que pendían de graciosas galerías, sofás y sillones de flamante *plusch* color granate, en armonía con el tapís y los cortinajes; mesas de mármol ovaladas, cubiertas de miles de preciosos objetos; en una esquina un piano de Ebaus mostraba riente su teclado de marfil, mientras que en el atril cercano estaba abierta la partidura de Wagner. Todo hacía aquel salón como el recinto de una hada.

Me sacaron de mi espasmo ligeros pasos en la antesala y el ruido de la vidriera al abrirse. Una mujer elegante entró. Era, si mal no recuerdo, de regular estatura; tez ligeramente sonrosa

da, ojos negros, rasgados; boca perfectísima y de un mahin saleroso, cabellera espesa y de un negro profundo. Venía envuelta en una ancha y hermosa bata de casa color crema. Se dirijió sonriente hacia nosotros y saludó á mi amigo. Este hizo la presentación.

—El señor......

—La señora Melba.

Y principió la charla.

Le hablé con entusiasmo. Le dije cómo la admiraba sin conocerla; que hasta mi tierra había llegado la fama de la Elsa inimitable.

El *maiotre d' hôtel* anunció que la señora estaba servida; mi amigo le dio el brazo y nos dirigimos al corredor donde nos esperaba un almuerzo exquisito y humeante. Devoramos los manjares, escanciamos en las bruñidas copas de cristal de Bohemia los ricos vinos de España y del Rhin que sirvieron de introductores al Emperador de los soñadores, al Príncipe rubio de Provensa, al real Champagne y á su ujier el *chartreusse* opulento. A la hora del champagne la gentil artista invitó al conde para que improvisara algo, y éste con voz apacible é inspiración fogosa, dijo versos preciosos que hoy me es imposible recordar. Yo casi no hablaba. La mirada traviesa y serena de la artista como que me había subyugado y obedecía al menor movimiento de aquellos luceros. Después vino el moka y con él, el final de aquel agape.

Nos retiramos y prometimos volver otro día, y ya en la calle, dentro del carruaje que la artista había hecho enganchar para que nos llevase á casa, recostado preso en el raso de aquellos almohadones que tantas veces aprisionaron su delicado cuerpo, le hablé calurosamente á mi amigo, en intimidad, de la gran astista. Casi la amaba.

Y mi amigo se reía........

El cielo estaba gris; una lluvia de azahares ideales caían pausadamente Se colaba un airecillo picante y sabroso.

Cuando llegamos á mis habitaciones del hotel, en el *Boulevard Capucines* era casi la caída de la tarde y comencé á prepararme para ir á la Ópera á presenciar los nuevos y ruidosos triunfos de madame Melba en la Elsa ideal del Lohengrín.

Ismael G. Fuentes.

CON MOTIVO DE UN CONCURSO DE BELLEZA

Por qué no voto

Al Señor Director de "El Universal"

¡Por qué no voto en el Concurso de Belleza? Amigo mío, ya estoy de vuelta de ese hermoso país que da flores á millares para que nosotros las regalemos. Primero, los dulces; luego las flores; después, las mujeres, y por último los niños, ó la tristeza intensa que en esta frase hay: "Ya volví!"

La caída de mi tarde, este anochecer de mis deseos, no viene con espesas nublazones ni cárdenos relámpagos. No, líbreme Dios de ser arisco con la inspiradora de muchas acciones malas y de casi todas las acciones buenas! No podemos amar á los hombres, y como el amor es obligatorio, tenemos por fuerza que amar á las mujeres El que habla mal de ellas es porque sólo ha conocido á una. Y no hablo de la madre porque ésta no es mujer: es madre nada más, y las madres, como los ángeles, no tienen sexo.

Esta misma afición mía á la mujer que hubo en el Paraíso, me obiga, amable director, á no votar. Desde luego, no entiendo la pregunta: ¿cuál es la más bella? .... Pues sólo puedo responder con más preguntas: ¿La más bella cuándo, en dónde y á qué edad? Ya sé que hay una belleza uniformada, reglamentada, una belleza que sirve para hacer estatuas. A esa belleza la admiro, pero no la amo. La impasibilidad era, por ejemplo, la condición esencial de la belleza en la estatuaria griega. Creo que llamaban á esa impasibilidad, en estética y en moral, *ataraxia* ó *apkatia:* falta de movimiento, falta de pasión. Y esa belleza inmóvil que puedo y debo admirar en las grandes esculturas, no me gusta en la mujer. Que no sea correcta su hermosura .... ¿para qué? La naturaleza hace improvisaciones deliciosas. Oh! ¡Y hay defectos sublimes en sus obras! La nariz irreprochable de Cleopatra es cuasi divina; pero ¿y la nariz de Mimí Pinson....? ¡Qué bonito pecado!

Querer proclamar una belleza superior á todas y darle la dictadura, es antidemocrático. No recuerdo quién propuso para México la tiranía honrada. Pues bien, lo que Ud quiere es la tiranía de una sola belleza. ¡Una.....! ¡Qué profanación! La belleza pertenece al género femenino y número plural!

Primero es, para nosotros, algo así como el humo que traza muchas curvas en el aire....... como el vaho formado por el aliento de todas las mujeres .... Es la neblina del amor en el amanecer de nuestras almas. Después viene un rayo de sol y el color reina en nuestros sueños amorosos como déspota. ¿ Cuál color ? Un color que suele ser muy color de rosa ó muy blanco, ó muy moreno, pero que siempre es *muy*. Un color que no está en el prisma: el color de mujer. Entonces reposan nuestras miradas, como en blandos almohadones, en las figuras femeninas, rozagantes y frescas, de la pintura flamenca. La mujer se nos presenta en toda la plenitud de su desarrollo, como la púrpura intacta de su sangre, como Eva se presentó á Adán. Todo hombre que ama por primera vez es igual al primer hombre.

Pero en seguida, y al paso que nos vamos internando en la existencia, ¿cómo se va torciendo y complicando este concepto de la belleza! Llegamos á comprender y hasta á amar voluptuosamente la belleza del dolor! ¡Qué bien sabe besar una lágrima! Y la belleza de la alegría......? Ese coger una risa con los labios ¡qué bueno es!

Hay quienes lleguen á preferir las hermosuras diáfanos, como si estas les recordaran algún ángel ausente. A otros subyuga la hermosura de la maldad. Y no hay manera de poder señalar la belleza única. Hasta alguna que ayer nos parecía fea puede mañana parecernos bella.......... si ya hemos aprendido á traducirla.

¿No ha sentido usted jamás que la más bella entre todas las mujeres es una viejecita? ¿Y cómo se ha de dar un voto en el concurso de belleza á esa anciana de cabello blanco, tocas blancas y alma blanca?

La belleza es un color que tenemos en el alma y se tiñe de él lo que á ella entra. ¡Qué feas se nos ponen allá adentro muchas mujeres muy hermosas! . . . .

Hace poco repasaba yo la lista que está usted publicando. ¿A cuál de esas señoritas daría el premio? ¡Que problema tan arduo y tan inútil! Lo peor, lo más fastidioso, y lo que sirve de menos en la vida es escoger! Dios, según el Génesis, hizo una sola mujer, pero porque en esa sola mujer las hizo á todas. Lo que creó fué una fuerza; fué el *eterno femenino*. Pero Dios no hizo una sola flor, ni una sola estrella, ni una sola ave. Y no dijo al hombre: para tí la más bella será la margarita; la más hermosa, *Vesper;* la más esbelta, la oropéndola.—Soltó el gusto de cada uno, como se deja libre á un niño en el jardín á la hora del asueto, y le dijo: corre! Haz lo que quieras!

Entiendo yo que este certamen del "Universal" es más bien un certamen de simpatías. No está á discusión, propiamente hablando, la belleza de las señoritas mejicanas. Esa no se discute, es un artículo de su constitución. Tampoco la que triunfe ejercerá el poder por un período fijo de años.......... Pues ¿y las que vivan ocultas? ¿Y las que vengan con vestido alto para llegar más aprisa?

Se trata acaso de escoger realmente? ¡Mucho menos! Escoger..... ¿para qué? Escogemos entre aquellas á quienes vemos y tratamos, á una mujer, pero no decimos: Esta es la más hermosa—sino—ésta es la que yo quiero!

Miro la lista y siento tentaciones de poner *oni* nombre aquí....... y allá....... y en esa otra columna. Pero si al salir de casa, si al torcer la esquina, encuentro una mujer más bella que esas tres? No; yo no voto por la dictadura! Quiero el gobierno de la hermosura ejercido por todas las hermosas.

Me simpatiza, sin embargo, este concurso porque comprendo la idea de usted, oh director *galantuomo!* Quiso usted, ahora que llegue el invierno y son raras las flores, cubrir de rosas y gardenias á las que perfuman gardenias y rosas con su aliento. Se propone preparar la primavera del año entrante... y allá van flores á los labios frescos para pedirles un poquito de perfume.

Y á esos pájaros que se llaman poetas y que quieren cantar en jaula de oro, éste en esa ventana, aquél, entre las campanillas del balcón de allá, les abrió usted las hojas hospedadoras de su diario, y allí están cantando las simpatías y los cariños á las hermosas, á las amadas y á las buenas.—¿Por qué votas por ella?—Por su sonrisa! —¿Y tú?—Por sus ojos—¿Y tu, amigo?—Porque la amo.—¿Y usted?—Porque es muy buena!

¿Cómo pueden computarse estos votos heterogéneos? Cuál es la más bella? Os lo diré si me decís lo que suman una violeta, una alondra y una estrella . . . .

Hé aquí por qué no voto, amigo mío. Escoger es renunciar á todas menos á una. Ser fiel á ésta ó á aquélla es ser infiel á las demás. Eso se hace ó debe hacerse al casarse; pero no se hace más que una sola vez.

A mi juicio el concurso no tiene más que un defecto: el de que por fuerza ha de acabarse. Mientras veamos el nombre de todas ¡qué alegría para los ojos! Pero al quedar el de una sola... ¡cuántas ausentes!

Por eso yo lo dejaría incompleto como esas melodías que acaban en la orquesta, continúan en el canto y siguen después sin terminarse nunca, en la memoria y en las almas de los que las oyeron.

¿Sabe usted lo que yo haría en lugar de usted? Pues decir á esas hermosas y buenas señoritas:—Ustedes no han menester de flores . . . . ¡tienen tantas! Sus nombres figuran en todas las revistas de salón, circuidos por guirnaldas de adjetivos galantes. Pero á la hora en que *El Universal* muy de mañana llega á las puertas de las casas ó palacios en que ustedes habitan; á la hora en que todavía esos ojos están alumbrando el mundo de los sueños, corren por esas calles, friolentas y con el tápalo raído, muchas que son también buenas, bonitas, pero que están á obscuras porque son muy pobres. Van á misa, van á su trabajo, van talvez á empeñar el último vestido bueno de la pobre mamá. Esas no tienen flores . . . . . . ¿no les damos éstas?

Y como todas son muy buenas, las darían. Así no habría una reina, no habría celos, no habría olvidos: las hermosas canéforas llevarían sus rosas y juzmines al ara de la *ignota dea*, de la hermosura desconocida.

M. Gutiérrez Nájera.

—~~—

Sourinomo

Como rosadas flechas
De aljabas de oro
Vuelan de los bambúes
Finos flamencos
Poblando de graznidos
El bosque mudo,
Rompiendo de la atmósfera
Los níveos velos

El disco naranjado
Del sol poniente
Que cubre tras la copa

De arbusto seco,
Finge un nimbo de oro
Que se levanta
Del cráneo amarfilado
De un bonzo muerto.

Y las ramas erguidas
De los juncales
Cabecean al borde
De los riachuelos,
Como al soplo del aura
Sobre la playa
Los mástiles sin velas
De buques viejos.

JULIÁN DEL CASAL

La pesca maravillosa

Gilles estaba de pesca. ¿Qué pescaba? ¿Pérticas? Cá, nó! pescaba planetas, y su gato, blanco como la nieve, le acompañaba.

Gillette había prometido á Gilles un beso en sus labios color de guinda, si Gilles le llevaba una canasta llena de planetas.

Al principio Gilles quería tirar el anzuelo al firmamento y de allí bajar los astros, pero la cuerda no alcanzaba al cielo, y no tuvo más remedio sino ir á un arroyo cercano y pescar los planetas que en el agua se reflejaban.

A poco, algo tira del anzuelo—era Venus lo que sacaba, desprendiólo con mucho cuidado, y colocándolo en la canasta, volvió á probar fortuna. Marte, Neptuno, Mercurio, Júpiter, todos fueron pescados. Ya era tiempo de ir á recibir el premio ofrecido, y con la canasta debajo del brazo y acompañado de su gato, blanco como la nieve, se dirigió á casa de Gillette.

—¿Que me has traído? preguntó Gillette.

—La reflexión de los astros que me pediste.

—Está bien. Te pedí los astros, pero no su reflejo; puedes besar, si deseas, el reflejo de mis labios en aquel espejo que está allá.

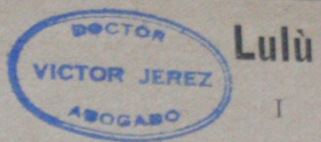
Gilles, por supuesto, estaba chasqueado, pero como más vale algo que nada, iba ya á besar los frescos y rosados labios que en el espejo se reflejaban, cuando Gillette, que había abierto la canasta de mimbres, exclamó:

—Pero si la canasta está vacía! Y desdeñosamente vuelve la espalda á Gilles.

¿Qué se había hecho el reflejo de los planetas pescados en el arroyo?

Imaginaos—mientras Gilles y Gillette hablaban, el gato, blanco como la nieve, había devorado el reflejo de los planetas pescados en el arroyo.

CATULLE MÉNDEZ



Lulù

I

(Envuelta en la pavorosa blancura de su túnica de raso, está Lulú perezosamente reclinada en un diván: hace una hora, un minuto, un segundo. . .ella no sabe el tiempo que ha transcurrido; su existencia se precipita ó se condensa en una idea; la vaguedad de sus pupilas denuncia el pensamiento acariciado siempre á través de los días; el temblor de los labios acusa un solo monólogo, cuyas ondulaciones bajan lentamente hasta expirar en la espumosa y abierta gargantilla de su traje. . . .)

Es una exageración de ese poeta—piensa Lulú pasándose la mano por la frente, como si quisiera ahuyentar aquella idea.—Me dijo que tenía todos los florecimientos y las plenitudes de la hermosura inefable, propias para ser victoreadas por el ritmo. . .que soy bella con la belleza de las vìrgenes de Ossián.

¡Qué exageración: esos poetas de imaginaciones inflamables, de cualquier cosa hacen una lira! No se les debe creer nada. . . Sin embargo, más de una vez he consultado detenidamente con mi espejo, y la verdad, creo que soy así como él dice: una mujer con todas las ondulaciones artísticas, de la belleza suprema; los ojos negros, grandes, aterciopelados; el haz de pelo arrogante como el de las diosas; la garganta con redondeces fugitivas; si hubiera hablado de mi seno, diría que estaba dotado para el amor eterno, como las caderas, armoniosas, firmes y robustas. . . ¡Que loca soy! ¡Pues no estoy creyendo todo lo que me ha dicho en el baile, ese Byron furioso! . . .

Hasta hoy sólo he tropezado con hombres serios, amigos de mi padre. Esas conversaciones han sido impropias de una niña, pues en ellas se profesa el culto á la austeridad, el negocio, política, la religión, los trabajos, la economía, las prácticas piadosas y hasta la sección de Ciencias morales; esto ha continuado mi salón, es decir, mis relaciones. De mis tertulias de colegio sólo recuerdo vagamente aquellas charlas, gorjeos sobre amores nevelescos, que comenzábamos entre risas de cristal y se finalizaban con un suspiro de prematura ansiedad. Ahora no me conmoverían los amores novelescos. Mi temperamento es impasible como mi hermosura; me divierten, pero no me preocupan los héroes románticos. . .

No obstante, siento alguna desazón con las declaraciones delirantes de ese poeta nacido bajo el sol de los trópicos; ¡me escribe algunas cosas tan bonitas! Me hallo, á veces envuelta en sus frases como en una ola de caricias; es una pasión violenta llevada á la idolatría que inspira miedo, y yo confieso que no sirvo para estos ímpetus.

He ido á ese baile sin impaciencia, como se va á un espectáculo, donde se ve y se oye siempre lo mismo. A propósito, ¿no sería ese baile una emboscada? Aquel señor cincuentón que me colmó de sonrisas y me invitó, con su voz de tipe-

trasnochada, al primer rigodón, será el hombre que me eligen para marido?...Por qué extrañarlo?

Yo he leído, no recuerdo en qué libro, que el matrimonio es una razón social como otra cualquiera; pero, Dios mío, ¡es tan cursi "ese señor!"..

Nunca se le ha ocurrido, como al poeta, compararme á las vírgenes de Ossián.

II

En la alcoba se respira un tranquilo calor de matrimonio, el último de una luna de miel sin voluptuosidades, sin rumores de caricias, sin ruido de ósculos ardientes.

Con la cabeza caída sobre el espaldar del sillón, Lulú piensa nuevamente á voces:

Por fin, me he casado con ese "señor"..No sé si siento amor ó desprecio por mi marido: es un hombre que come con el cuchillo y repite el plato; gasta abrigo de cuadros en invierno y gabán claro, tirando á verde, en primavera.

Creo que quisiera verme detestablemente vestida de amarillo como sus gustos. Es bueno, sí; de pasta flora; siempre con su voz de tiple, y con un ojo cuyas pestañas son blancas: esto me hace muy mal efecto; á todo me he acostumbrado lentamente, menos al ojo de las pestañas blancas.

Hace magníficos negocios; juega al tresillo en casa y me da el tratamiento de "hija" porque es algo así como un padre para mí. Verdad es que yo lo quisiera menos padre y más amante: un amante desaforado como aquel poeta; aquél si era un irrefrenable, á ratos melancólico ó lleno de éxtasis, como un niño de quince años; tenía la seducción de lo imprevisto y era verdaderamente conmovedor con sus cartas á cuatro caras; pero con él tenía que defenderme.

El pobre muchacho, entabló la lucha con una decisión digna de mejor suerte: siempre era vaga en mis contestaciones y me dirvertía en citarlo para alguna iglesia, donde él se pasaba las horas muertas esperándome sin resultado; otras veces le hacía ir y venir por el frente de mis balcones, mientras yo gozaba viendo á través de las cortinas sus impaciencias. Se detenía, andaba de prisa, regresaba, abría los ojos desmesuradamente escudriñando, hasta que se enfurecía de contrariado y se iba atropellando transeuntes.

¡Qué naturaleza la de ese chico!

La fría indiferencia que le mostré, las vacilaciones afectadas, las respuestas de sus cartas, hechas en pedacitos de papel como limosnas de esperanza, todo eso me valió el triunfo de aquella comedia con sus ribetes de drama. Cuando me amenazó con marcharse á París, llevando á cuestas la montaña de mis injusticias, como él decía, no le quise creer y cambié de plan de batalla.... pero cumplió su amenaza; se fue en medio de un arranque de ternura y una explosión de lirismo impetuoso....

III

Hay momentos en que creo que la felicidad no es precisamente esto....que la vida no debe pasarse sin el amor, y que el amor no es sólo hijo de las imaginaciones novelescas.

¡Habré nacido yo para amar mucho, para que me amen con toda el alma?....Ahora, no sé; mas de buena gana pagaría con un pedazo de mi corazón un instante de cariño .....

(Y Lulú se levantó bruscamente y abrió el balcón: á lo lejos se hundía el postrer rayo de sol de una primavera enferma; un silencio prolongado se extendía por sobre los árboles del parque, y el cielo apareció diáfano como un inmenso lago de resplandores. Lulú emocionada, sobrecogida por algo inexplicable, sintió que los ojos se le humedecían, y presa de un extremecimiento involuntario, añadió en voz muy baja, como para no turbar aquel solemne silencio de crepúsculo.)

¡Dios mío, qué se habrá hecho aquel poeta que me comparaba con las vírgenes de Ossián!

MIGUEL EDUARDO PARDO

El Enfermo

Dudando de su afecto y de mi dicha
Ante aquella que causa mis desvelos,
Reía del amor de las mujeres
Y proclamaba la constancia un sueño.

Entonces ella colocó la mano,
Mostrando el corazón, sobre su pecho:
—"Que no te oiga, me dijo con ternura,
Habla más paso porque aquí hay enfermo!"

ADOLFO LEÓN GÓMEZ

"La Democracia,"

en uno de sus últimos números, reproduce de *El Boletín Mensual* de Nueva York un suelto extractado de un artículo publicado en *El Diario de Caracas* por Julio M. Alvarez, y en el cual artículo se nos trata de plagiarios. Sólo que "La Democracia" no dijo (por olvido, no por mala fé) que dicho cargo fué desvanecido por nosotros con pruebas irrefutables, hace más de un mes, desde las columnas de *La Lucha* y de *El Correo del Comercio* de esta ciudad, y que *El Pensamiento* de Tegucigalpa y otros periódicos han reproducido nuestra defensa con comentarios que nos honran. Apelamos á la caballerosidad de los Redactores de *La Democracia* y de *El Boletín Mensnal* para que se sirvan rectificar sobre este asunto.

ANTONIO SOLÓRZANO

Imprenta Nacional